

EL ESCRITOR JUAN MARÍN A TRAVÉS DE SU SER Y SU OBRA, por
Pedro R. Melgar.

(Estudio leído en la Escuela «José Mariano Méndez de Santa Ana, en la velada organizada por la «Sociedad de Maestros de Santa Ana», con motivo del aniversario de la muerte del Pbro. J. M. Méndez, y en la cual el Dr. Juan Marín dictó una conferencia sobre «La Ley Chilena del Seguro Social», el 23 de septiembre de 1945).

Desde que leí por primera vez, hace algunos meses, un libro del Dr. Juan Marín, sentí un vivo deseo de conocerle mejor y me dediqué a buscar otras de sus obras. Desde entonces he tratado obstinadamente de formarme una opinión particular del distinguido médico chileno y mi intrascendente parecer ha compaginado los decires de sus críticos y prologuistas, así como también, los reflejos que de su personalidad tienen sus obras. De mi placentero trabajo he obtenido algunos apuntes que me satisfacen en lo particular; pero que estoy seguro que pocos o ningún mérito tendrán a los ojos del entendido, pues, un lego en la materia siempre poseerá una aptitud discriminativa limitada, cuando de juzgar a un hombre de múltiples y variados méritos se trate. No obstante, mi curiosidad y el vivo entusiasmo que la lectura de Marín ha provocado en mí, hacen de resorte impulsor para que hoy me atreva a manifestar en público y frente a él mismo, mi sincera opinión sobre su personalidad. He aquí mis apuntes:

Estableciendo un motivo de reflexión que me sirva de base, diré que he encontrado en la obra y en la persona del Dr. Marín, dos aspectos fundamentales que favorecen en el impulso de interpretarlo.

Primero tendríamos que apreciar al individuo. Juan Marín objetivo. Juan Marín a la vista de todos los ojos que tengan la

suerte de apreciarlo. Al Juan Marín producto, en su potencialidad de relación ambiental, que dicho sea, no ha sido circunscrita solamente a los límites de su patria, sino que se ha conjugado en diversos aspectos universales. Tendríamos que considerar la corteza resumante y asaz sorpresiva en esencias, formas y colores, de este nuestro hombre que viaja, escribe y piensa incansablemente.

Corroborando lo dicho, hago la siguiente información: El Dr. Juan Marín ha producido ya, nada menos que treinta obras completas entre novelas, ensayos, relatos y estudios científicos. Incontables artículos periodísticos y de revista. Ha viajado en el desempeño de cargos oficiales, y quizá porque su espíritu inquieto se lo pida, por distintos lugares de Europa, Asia y América. En ningún sitio y en ninguna forma ha dejado de escribir. En China, en una permanencia de cinco años, escribió cinco obras completas y centenares de artículos. Sus obras han sido traducidas y publicadas en distintos idiomas. Hasta las mismas Casas Editoras del Japón han tenido que trabajar para Juan Marín: La Editorial «Asia América» (Tokio) publicó en 1940, el drama «Orestes y Yo» que la Editorial «Nascimento» de Chile, publicó en 1939, en su forma novelada y también su novela «Flames in the Darkness» que es la traducción de «Naufragio» al inglés. Sus cargos honoríficos y sus relaciones con círculos intelectuales se distribuyen como sus viajes: *Es miembro de la Sociedad Internacional de Historia de la Medicina (París); de la Academia Brasileira de Letras; de la Sociedad de Escritores de Chile, miembro de la Federación Médica Latina (París); Miembro Honorario de la Sociedad Médica de Shangay y de la Asoc. Médica de China; Miembro de la Asociación de Médicos y Farmacéuticos Escritores (París); de la Asociación Médica de Chile, Corresponsal de la Oficina de Internacional de Documentación de Medicina y Farmacia Militares (Lieja); desempeñó el cargo de Cirujano de la Fuerza Aérea Chilena y Médico de la Armada. Es Capitán de Corbeta Cirujano, actualmente en retiro, de la*

Marina de Guerra de su país; y ahora, *Encargado de Negocios de Chile, en el Salvador*.

Es natural, que esta multiplicidad de actividades nos admire y sorprenda. Todos los críticos suyos se sienten impresionados por la floración múltiple de Marín, y Humberto Salvador tiene para ello un párrafo harto elocuente. Dice: ... «Y es motivo de admiración, de sorpresa, el «caso» de Marín, que ejerce múltiples actividades y se destaca en diferentes manifestaciones de vitalidad y de cultura. Médico, hábil cirujano, marino, ensayista, crítico, novelista y poeta ... ¿Qué poder tiene este escritor chileno, que es capaz de triunfar en actividades que hasta pueden parecer incompatibles? ¿Cómo distribuye su tiempo este joven maestro, para que las limitadas horas del día le alcancen para realizar tanto trabajo? ¿Qué secreto guarda, que le permite tener aptitudes brillantes para disciplinas tan variadas y complejas?».

Con los párrafos anteriores considero abierta la portada para introducirnos en la estructura interna de la obra de Juan Marín. Tomemos, pues, el segundo aspecto que nos servirá de base en este estudio: la subjetividad de Juan Marín, tácita en sus obras. Existen en ellas dos delineamientos claros. A saber: uno es el que denuncia lo que pudiéramos llamar los datos de subjetividad inmediata; el otro corresponde a los datos de subjetividad mediata.

Comprende la subjetividad inmediata todos aquellos síntomas que lo denuncian en su capacidad preceptiva. Todos los datos en que consta su particular sutileza. Sus originalidades y los caminos por los que se conduce para producir sus instantes. Es la actitud de Marín al recibir las vibraciones de belleza y estímulos mentales, que desde fuera del mundo, van hacia él; para refundirse con él. Es el Marín sensible, como cuerda de instrumento melódico, como filamento nervioso, dispuesto siempre a una reacción. Es el Marín ojos, el Marín oídos, el Marín sentimientos y sentidos; agudo siempre, sutil y perspicaz. Es,

en resumen, su calidad y cualidad de antena receptora frente a los fenómenos que engendran arte y belleza.

Este es el clima en que Marín se nos presenta como poeta, novelista y narrador; con su espíritu torturado por ansias migratorias, abstraído en la contemplación del espacio y del mar. En cualquiera de sus novelas y relatos encontraremos profusos denunciadores de estas cualidades. A cada instante aparecerá su inclinación perceptiva hacia lo cósmico. Humberto Salvador, haciendo igual referencia, se expresa así: ... «En Juan Marín, el mar tiene un delicado lirismo y una fina emoción de distancia. Marín es médico de la Armada, lleva en su sangre el sabor del mar, y en su espíritu la sensación de infinito que le ha dejado el mar» ... Por mi parte he encontrado muchos síntomas que nos denuncian al marino. Varias de sus obras tienen argumentos y personajes con sabor a sal y con el inmenso panorama movido del mar. «*Naufragio*», por ejemplo, constituye como él mismo lo dice, «*Un Episodio Náutico*» que «es en buena parte auténtico». «*Paralelo 53 Sur*» o «*El Infierno Azul y Blanco*» es un documento de «realidad magallánica, con sus gentes, sus islas, sus cielos, sus montañas ...» (según la expresión propia del autor), y fué escrita a bordo, en contacto con el elemento bravo e implacable, tanto del mar auténtico, como del mar subjetivo del elemento humano que puebla aquellas latitudes.

Con la mayor delicadeza intercala en el texto de sus obras o en el perfil de sus personajes, toques de su interesante preocupación. Escuchemos como documento, al narrador de *Naufragio*, que al estilo de los marineros de Neruda, que «besan y se van», le canta a su novia: «Ojos marinos, ojos marítimos. Ojos oceánicos. Ojos color de alga, de líquen, de medusa. Ojos de mi Elizabeth ...». Y luego en otros versos:

«Ojos que son corolas de plantas submarinas,
glicinas transparentes, medusas de cristal ...»

Asimismo, en «*Orestes y Yo*», novela de sabor científico y tragedia psicológica muy distante al mar, aparece inopinadamente

una evocación líquida que es, en el texto de la obra, como un hálito oceánico o como el reventar momentáneo de una ola. En la alusión a que me refiero, el protagonista de la citada obra, hace una comparación de la música. Se expresa así: ... «me pareció que el teatro todo era un enorme estanque de color glauco en que las notas de la orquesta circulaban como pececillos sonoros. Nosotros, los auditores, éramos pesados buzos que yacíamos en el fondo, apoyados contra las paredes y nos divertíamos en nuestra inmovilidad, mirando pasar frente al cristal de nuestras escafandras, la ágil ronda de peces melódicos...».

Particularmente su novela «Paralelo 53 Sur», justifica esta corriente perceptiva de Juan Marín. Sus críticos han buscado para él, por este motivo, calificativos especiales. Absalón Baldovinos lo llamó: «Poeta y Lobo de Mar» y también «Señor de la Novela Austral». Jorge Carrera Andrade le dice: «Explorador de las Soledades Oceánicas» y «Adelantado de las Regiones Australes...». ... Yo, por mi parte, trayendo a cuentas sus originalidades, y acoplando su peculiar sentido nómada, con sus vívidos relatos y aventuras, en cuya lectura se imagina el lector que él mismo ha sido protagonista, le llamaría «Simbad Marín» o «Juan el Marino». Tal vez no se acople con mucha exactitud esta ocurrencia antonomásica a las verdaderas cualidades de Marín; pero la recibí de golpe cuando en reciente fecha le visité en su residencia y mis conceptos sobre su personalidad, bosquejados ya en principio, se acoplaron a una circunstancia muy particular: el decorado de su sala de recibo. Ostenta, además de una peculiaridad que me hizo sentir la impresión de haber llegado a una morada de clima frío, un modelo de barco velero primorosamente tallado en madera y colocado en sitio muy visible. No quise ser indiscreto preguntando los motivos de aquel ambiente caracterizado, pero confieso que por un instante, me sentí introducido en un lugar de temperatura sureña y conversando con un marinero amigo que juega con sus pensamientos como si fueran las recias cuerdas de una goleta, o los despliega como las

velas de un «cutter» en los mares del sur. Comprendí entonces que Humberto Salvador tiene mucha razón al afirmar que Marín es un marinero. Sí, Marín es un marinero mental y real que se ha dado a la tarea de bucear, con la escafandra del poeta, del artista, del sociólogo, del psicólogo y del aventurero, los sutiles fondos de la idea, del concepto y de la realidad.

Completando la ilustración sobre el estrato subjetivo inmediato a que hemos venido haciendo referencias, el mismo Humberto Salvador nos anuncia otra cualidad de nuestro «Simbad»; nos dice así: ... «Pero Juan Marín ha sido, además, un aviador. Perteneció como Cirujano a la Fuerza Aérea. Algunas de sus novelas tienen argumentos de aviación. Dos inmensidades, dos fenómenos sublimes, el espacio y el mar, han infundido a su arte un profundo sentido cósmico». ... Y más adelante: ... «A través de su vasta cultura, él ha desentrañado la belleza de los abismos, para vertirla en sus producciones literarias». En verdad, el hombre fascinado y atraído por el espacio, se manifiesta con mucha frecuencia, aún en detalles metafóricos y giros gráciles de sus novelas. Los motivos mentales se acoplan a las percepciones de inmensidad y florecen a perfección. He aquí algunas confirmaciones... En «Paralelo», al dar una pincelada descriptiva: ... «Sólo queda en un rincón de la bóveda del cielo la cuádruple mirada estática de la Cruz del Sur, resbalando de bruces como un avión espectral sobre el horizonte»... Luego, en un relato onírico de la misma obra: ... «, un picacho en que el viento brama y los astros se divisan tan cerca que infunde pavor verlos como grandes trompos de oro en el vacío. Se diría que es posible escuchar el sordo zumbido de sus ejes en el espacio»... Uno de sus críticos ha expresado con mucho acierto lo que aquí tratamos de justificar al decir que: ... «Marín, a la manera de Paul Morand, cabalga sobre los potros briosos de los dominadores del espacio, usando como pluma la saeta del fuselaje y a modo de cuartilla el dombo turbulento de la atmósfera. Nutre su visión en sensaciones para

muchos desconocidas y carga su pluma con la tinta que, extraída de las entrañas de la tierra, se diluye en potencia, en velocidad y en ritmo...».

He intentado documentar y justificar lo que en las obras de Marín brota del estrato subjetivo inmediato de su personalidad. Para completar este reconocimiento, pasemos a la estratificación más profunda y aclaremos de paso, que así como la anterior es elocuente y bella, ésta es de evaluación más preciosa, porque de ella surge la raigambre profunda de su obra. Analicemos, pues, el campo subjetivo mediato. Está determinado por la maestría que Juan Marín posee para la elaboración de conceptos y juicios de acuerdo con su capacidad subjetiva inmediata. Por el sentido artístico que le permite conjugar, en formas novedosas, su fuerza interpretativa con sus inquietudes y sentimientos, a las vez que con sus conocimientos científicos. En esta circunstancia entran en ebullición los contenidos mentales con los datos perceptivos y afectivos. Marín se comporta entonces como una antena emisora vuelta hacia el mundo ambiente; es la reacción que completa el arco reflejo en su labor. De esta actitud tenemos constancia detallada en el sentido humano de sus novelas, en la originalidad de sus personajes y en el poderoso saliente que su cultura psicológica y conocimientos psicoanalíticos le permiten imprimir a sus concepciones.

Continuemos nuestro reconocimiento y veamos los resultados que en este plano nos ofrece Marín. Detengámonos en el sentido humano de sus novelas ya que sus críticos más destacados hacen enfática mención de ello. En verdad, no es necesario forzar la atención para encontrarlo. Basta caminar algunas páginas adentro para darnos cuenta exacta que nos encontramos frente a libros de cuyas páginas «salen llamas» (empleando la expresión de Emil Ludwig al referirse a las obras de Goethe) que torturan el alma humana; pero que en este caso, no son consideradas desde un punto de vista clásico, sino, en la forma evolucionada que su calidad de psicólogo y novelista de van-

guardia, le permiten imprimir a sus novelas. Es innegable que «Paralelo 53 Sur», «Naufragio», «Orestes y Yo», «Viento Negro», «El Secreto del Doctor Baloux», etc., y las otras novelas de Marín tienen una abrumadora descarga de flúido humano. «Orestes y Yo» es la tragedia de un desgraciado loco que en sus delirios se convierte en asesino de su propio hijo, sueña alimentarse de conciertos y se desborda en un trance amoroso-musical hasta el grado de cortarle las manos a la pianista que supone su novia, para guardarlas devotamente, como «dos blancas rosas». En «Naufragio», las circunstancias hacen que un grupo de hombres perdidos en un islote solitario, se vuelvan caníbales en medio de torturantes delirios y descargas de la subconsciencia. «Paralelo», traspone los límites de un caso individual para ilustrarnos las vivencias de un conjunto de seres que se destroran unos a otros al impulso de sus pasiones. La sed de oro, la pasión por la hembra, el desenfreno político, la explotación de extranjeros, son los marcos de estas estampas que forman un conjunto de trascendencia social. «Viento Negro», complementa la intención y el impulso de «Paralelo 53 Sur». Ya no es ésta una novela del mar; ya no es la pasión turbulenta de los oreros ni de los buzos que en duelo submarino tratan de cortarse el único apéndice que les da vida: el tubo de respiración; ya no es Emeterio Donaire que por desavenencias políticas, fondea a Salvador Ponce, con un pedazo de riel a los pies, en el mar. «Viento Negro», es la otra cara de la moneda. «Viento Negro» es la novela de los buzos que se fondean en las entrañas de la tierra. Es novela de mineros que taladran, al par que las profundidades del subsuelo, su propia asfixia mental y corporal. Dice G. Humberto Mata (comentarista de esta obra): «Viento Negro»... novela de mineros de puerto Amargo en donde el corazón se trunca rosa de todos los vientos desfallecidos, ásperos, romos y profundos». Así es «Viento Negro» y para cerrar el triángulo Marín nos promete: «Desierto Fecundo». Novela que llevará por marco el desierto salí-

trero de Chile y en donde la vida, indudablemente será tan cruda y materializada como en el mar y las entrañas de la tierra.

Con «Paralelo 53 Sur», «Viento Negro» y «Desierto Fecundo», Marín cerraría su tratado, ilustrado y vívido, de estudios sobre observaciones sociales, realidades de ambiente y modalidades colectivas intensamente humanas. Y nos comprueba, que es aquí, en donde sobresale su maestría en eso de amalgamar su naturaleza perceptiva con los contenidos intelectuales del psicólogo y del sociólogo.

Es muy difícil desatar este nudo interno que estamos revisando, para apreciarlo detalle por detalle; pero ocupémonos de los personajes «tipo Marín» y encontraremos justificaciones nuevas en favor de la tesis. Marín forja sus personajes con los datos que su experiencia de psicólogo le aporta en su constante relación con las manifestaciones humanas dentro de lo anímico y lo social. Presenta así, por lo general, cuadros clínicos que hacen resaltar los repliegues morbosos del individuo, las ulceraciones sociales que retardan el avance cultural de un conglomerado. Hace, a través de ellos, una crítica y dispone un camino para la reflexión. El mismo afirma en una de sus obras: ... «... son arquetipos de un ambiente». Están contruidos con rasgos de una y otra parte, de diferentes hombres a la vez» ... Y esto, sólo refiriéndose a los personajes de «Paralelo 53 Sur»; pero generalizando podríamos decir que los protagonistas «tipo Marín» son una lección desnuda de psicoanálisis. En ellos están fusionados los estados de conciencia humanos, y es tal su calidad, que casi nos sentimos aludidos y nos horrorizamos al darnos cuenta cómo el hombre lleva en sí mismo su tragedia y su liberación. ¿Qué ser humano permanece al margen de ondas demoníacas? ¿Quién no ha sentido crujir sus acantilados cerebrales al estrepitoso oleaje satánico que acecha, allá en la penumbra psíquica, para dar el salto felino de una manifestación? Marín toma esta realidad para presentarnos a un Dr. Fraga, al boxeador Damián Villela, a los náugragos caníbales del Estrecho Nelson, los salva-

jes oreros de Lenox y otros personajes que ejecutan actos, que más de alguna vez, han pasado por la imaginación del hombre normal.

Para terminar estas consideraciones me resta decir, que el Dr. Marín, dando un salto del novelista al ensayista científico, y corroborando aún más su dominio subjetivo mediato, ha producido obras de trascendencia documental e ilustrativa tales como: «*El Problema Sexual y sus nuevas fórmulas sociales*» (Libro de Tesis, 1937) «*Hacia la Nueva Moral*», «*Ensayos Freudianos*», «*Poliedro Médico*», «*Clínicas y Maestros en Inglaterra y Francia*», y otros. Documentándome en la primera de las obras citadas, he de decir que el Dr. Marín es un crítico de elevados méritos. Sus conocimientos profesionales y sus estudios de psicología le impulsan para abrir una brecha en la barrera de la moral clásica que en la actualidad, se aferra desesperadamente en nuestro medio social. El puritanismo en que hasta hoy se han fundamentado las legislaciones matrimoniales de algunos países y la exagerada evolución y tolerancia que otros han querido adoptar en esa misma organización, sufren en este estudio, un documentado análisis al cual no pueden resistir.

Con todo lo dicho he querido dejar constancia que el Dr. Marín es un luchador. Presumo que su obra, múltiple y proteiforme, jugosa y de insospechada potencialidad, tendrá su resonancia en la conducta normativa de la nueva América. Es esa América que no será la que descubra un nuevo aventurero español, sino que, nuestra América, la que será forjada con el intelecto latino y la máquina yanqui. Juan Marín es abanderado de esta incontenible fuerza y su pendón, que se ha levantado en todos los sentidos de la rosa de los vientos, tendrá siempre el sello de una inquietud inagotable y universal.



«MANIFIESTO DEL CABALLO DE FUEGO Y POESÍAS» DE ANTONIO DE UNDURRAGA, por *Altenor Guerrero*.

Periódicamente nos ha venido entregando Antonio de Undurraga, sus cosechas líricas. Este poeta, que se demostrara un